
EN LA ANTÍPODA DEL RINOCERONTE

ALAN HEIBLUM

En 1515 un rinoceronte llegó a Europa y un pintor anónimo mandó un boceto a Albrecht Dürer (1471–1528) quien, sin más, creó el famoso grabado que lo sobrevive. ¿Qué es exactamente lo que causa tanta fascinación? La respuesta es sencilla: el rinoceronte entraña una máxima fantasía humana, pues porta con naturaleza lo que en el guerrero es artificio.

En las antípodas de los animales acorazados estamos nosotros. Débiles, insuficientes, completamente expuestos; pocos seres enfrentan al mundo en una situación de tanta vulnerabilidad. Por ello la historia de la humanidad es, desde la ropa y el calzado hasta la gran muralla China y los sofisticados sistemas para la destrucción de asteroides, la historia de la creación de todo tipo de armaduras.

Todo termina por ser un asunto de exposición. Expuestos, nos cubrimos una y otra vez, nos re-cubrimos. Pero entonces la coraza nos aísla. Anquilosados, entendemos la nostálgica mirada de la bestia. Su rugosa piel lo protege de todo, incluso del placer. La pesadez es su condena. En cambio, nuestra piel es tersa, sin escamas, plumas ni blindaje. Nuestra piel, ligera y vulnerable, es ocasión y lugar para el placer. Entonces nos des-cubrimos, pero al hacerlo nos sobreexponemos. Sobre-expuestos, la auto-inspección se torna auto-indulgencia, la exposición una imposición. El autorretrato velado y devaluado exige un nuevo comienzo, una nueva búsqueda del punto dulce del objetivo. Expuestos nos re-cubrimos, entonces nos descubrimos, y tal vez, sólo tal vez, nos *descubrimos*. Descubrir es re-ex-poner.

Cuando los sedimentos se remueven, el tacto se torna visible; la luz del crepúsculo le devuelve su realidad y fantasía al mundo. Sin embargo, nosotros, animales de ojos estelares, sentimos una profunda soledad. ¿Quién nos acompaña en el ocaso? Los animales diurnos ya han escapado y los nocturnos aún no aparecen. ¿Acaso somos los únicos que entendemos el crepúsculo? De cara a las sutilezas de la luz, el mundo, un rinoceronte impasible, no nos acompaña, está más ciego de lo que pensábamos.

Dicha amargura fue aliviada hace doscientos años. Fue entonces que echamos mano de nuestras conjuras químicas e hicimos del mundo un ser

foto-sensible. Creamos cámaras y películas y con ellas dimos ojos y piel al mundo. Desde entonces hay cosas que también re-posan re-expuestas ante la luz; las llamamos fotografías.

Desde su nacimiento, los registros en todo el espectro luminoso conforman el suelo científico, revisten los contextos de descubrimiento y justificación y otras dicotomías menos improbables. El mundo no puede sino extenderse ante la mirada fotográfica y, así, mientras las cámaras trampa refutan viejas leyendas y la fotografía aérea alerta sobre invasiones y desmedidos cambios del paisaje, las imágenes astronómicas han hecho hablar a los cielos el abundante lenguaje de la fauna y flora (incluso la fenomenología propia de la fotografía encuentra un símil en las lentes gravitacionales, por ejemplo).

Las lentes no son las únicas que se han mostrado como verdaderas ventanas a la diversidad. En última instancia, la diversidad resulta, para una filosofía e historia monista de la ciencia, una apariencia o dato que puede ser reducido. El pluralismo epistémico, en cambio, concibe la diversidad como sustrato. Por ello, establece paralelismos con una disciplina que justamente la estudia y defiende, la restauración ecológica, y echa mano de sus términos: *proliferación* y *conservación* (Feyerabend 1999). Desde el punto de vista del monista, la ciencia en su marcha —no podía ser de otra forma— deja atrás viejas *interpretaciones* del mundo (Kuhn, 1970). Para el pluralista, la imagen no está desprovista de un reto, la ciencia simplemente no puede abandonar las diferentes maneras de *intervenir* la realidad, nunca hubo otro propósito científico que el de afianzar y multiplicar los anclajes en lo real (Chang, 2004, 2012). Preocupada por la extinción, la ecología habla de proteger individuos para rescatar especies y salvar ecosistemas. Preocupado por la pérdida de conocimiento, el pluralismo busca reabrir debates nunca cerrados para mantener distintas prácticas científicas y, entonces, salvar la efectiva diversidad de métodos y amplitud de ideas que caracterizan a la ciencia.

Durante siglos, los referentes geométricos y astronómicos saturaron las imágenes del conocimiento con su impronta de elegancia, simpleza, unidad y tantos otros valores epistémicos preconizados por aquellos a hombros de gigantes. Sin embargo, la impronta de lo irreducible, de lo imprevisible, la viva representación de un mundo que no se deja domesticar, cae dentro de los referentes de las ciencias de la vida. En una famosa línea, Nancy Cartwright expone estos temas en términos casi teológicos. Mucho se ha hablado del demiurgo a imagen de un elegante matemático francés; menos platónica y más aristotélica, ella creería en un demiurgo a imagen de un pragmático ingeniero inglés (Cartwright, 1983, 19). Ian Hacking responde con una fantasía argentina, su demiurgo es el responsable de la biblioteca que otros llaman el Universo (Hacking, 1983, 219). Como yo lo veo, ambos pudieron ir más lejos, Aristóteles es ante todo un biólogo y el

llamado siempre fue a investigar la diversidad irreductible de un jardín, ¿cuál?, el de los senderos que se bifurcan.

En breve, la filosofía, la historia y la teoría social, no pueden desinteresarse de las ciencias de la vida dado que sus referentes se agitan en lo profundo de nuestros complejos psíquicos. Más aún, hacen bien cuando se re-interesan en ellos, pues en la forma de los referentes de las ciencias de la vida está también el cauce heurístico de nuestras investigaciones.

,

REFERENCIAS:

- Cartwright N. (1983), *How the Laws of Physics Lie*. Oxford University Press.
Chang H. (2004), *Inventing Temperature*. Oxford University Press.
Chang H. (2012), *Is Water H₂O?* Springer.
Feyerabend P. (1999), *Conquest of Abundance*. University of Chicago Press.
Hacking I. (1983), *Representing and Intervening*. Cambridge University Press.
Kuhn, Thomas S. (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. Enlarged (2nd ed.).
University of Chicago Press.